

Lenguaje y política en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx

Language and Politics in Marx's Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte

Javier Balsa*

Resumen

Este artículo analiza el papel que Marx reserva al lenguaje en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Más específicamente, se procura responder qué posición ocupa el lenguaje en relación a las clases sociales y la dinámica política, cuál es la propuesta de Marx acerca del lenguaje revolucionario, si es posible pensar en un lenguaje a ideológico o neutral, si la acción revolucionaria podría prescindir de los recursos epidícticos o de un *pathos* heroicizante, y, finalmente, cuál sería el papel de la ambigüedad vinculada a la retórica y a los significantes tendencialmente vacíos o imprecisos.

Palabras claves: Marx; Lenguaje; Dieciocho Brumario

Resumo

Este artigo analisa o papel que Marx reserva à linguagem em *O Dezoito de Brumário de Luís Bonaparte*. Mais especificamente, procura-se responder qual posição ocupa a linguagem em relação com as classes sociais e a dinâmica política, qual é a proposta de Marx sobre a linguagem revolucionária, se é possível pensar numa linguagem a-ideológica ou neutral, se a ação revolucionária poderia prescindir dos recursos epidícticos ou de um *pathos* heroicizante, e, finalmente, qual seria o papel da ambigüidade relacionada à retórica e aos significantes tendencialmente vazios ou imprecisos.

Palavras-chave: Marx; Linguagem; Dezoito de Brumário

Abstract

This article analyzes the place that Marx gives to the language in The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte. More specifically, it tries to answer which position the language occupies in relation with the social classes and the political dynamic, which is Marx's proposal about the revolutionary language, if it is possible to think an unideological or neutral language, if the revolutionary action can manage without epidictic resources or a heroicizing pathos, and, finally, which could be the role of the ambiguity associated with the rhetoric and with signifiers tendentially empty or imprecise.

Keywords: Marx, Language; Eighteenth Brumaire

* Profesor Titular del área de Sociología y Director del Instituto de Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea de la Universidad Nacional de Quilmes, e Investigador Independiente de CONICET, Argentina.

Introducción

A poco de acontecido el golpe de Estado de diciembre de 1851 y su posterior legitimación plebiscitaria, Marx escribió *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* [en adelante, *18B*], un pequeño libro que reúne una serie de artículos en los que procura dar cuenta de todo el proceso político francés que siguió a la revolución de 1848¹. Esta obra intenta explicar por qué la revolución, en vez de terminar en una república de tipo popular, finalizó en un régimen autoritario con dominio de la burguesía (aunque no a través de sus representantes más orgánicos), sancionado incluso a través del sufragio universal (masculino). Como lo dice el propio Marx, “todo un pueblo que creía haberse dado un impulso acelerado por medio de una revolución, se encuentra de pronto retrotraído a una época fenecida...” (Marx, 1973b [1852], pp. 17-18).

Nos interesa particularmente esta obra ya que consideramos que, como ha planteado Jessop (2002), contiene una serie de elementos que podrían ser la base de una teoría marxista del análisis político. En este artículo nos centraremos en estudiar el papel que Marx reserva al lenguaje, ya que, como veremos, tiene una función clave para explicar el proceso. Como preguntas más específicas que guiarán nuestro examen, trataremos de responder qué posición ocupa el lenguaje en relación a las clases sociales y la dinámica política, cuál es la propuesta de Marx acerca del lenguaje revolucionario, si es posible pensar en un lenguaje a ideológico o neutral, si la acción revolucionaria podría prescindir de los recursos epidícticos o de un *pathos* heroicizante, y, finalmente, cuál sería el papel de la ambigüedad vinculada a la retórica y a los significantes tendencialmente vacíos o imprecisos². Como será fácil de apreciar, pensamos que en el *18B* se encuentra en germen una teoría de la hegemonía, que procura comprender la dominación burguesa en contexto republicano. Por este motivo, nuestra argumentación se deslizará, a menudo, hacia las elaboraciones de Antonio Gramsci.

Antes de adentrarnos en el análisis, resumamos brevemente la secuencia de los acontecimientos a fin de dar un marco general a los fragmentos que luego comentaremos. En febrero de 1848, una revolución acabó con el sistema monárquico parlamentario francés, basado en un sufragio censitario sumamente restringido, e instauró una república con participación universal masculina. El sentido de esta república se encontró abierto a una disputa que progresivamente se fue definiendo en favor del dominio de los representantes republicanos burgueses, a partir de las elecciones generales, en abril, de la Asamblea Nacional

¹ El texto fue escrito entre diciembre de 1851 y marzo de 1852. Todas las referencias a páginas serán a la edición española de la editorial Anteo (Marx, 1973b [1852]).

² Aclaramos que no nos adentraremos en un análisis del estilo y la estrategia genérica empleada por Marx, ni tampoco del lugar del enunciador que se construye Marx, tal como hacen, entre otros, Riquelme (1980), Harries (1995) y White (2011).

Constituyente, y, sobre todo, luego de la feroz represión desatada en junio contra los sectores populares parisinos. Para finales de 1848, en las elecciones presidenciales convocadas en diciembre, sorpresivamente se impuso Luis Bonaparte, el sobrino de Napoleón, logrando el apoyo electoral de una gran diversidad de sectores que procuraban impedir el triunfo del candidato del oficialismo republicano burgués. Bonaparte, con una base muy escasa de legisladores propios, gobernó apoyándose en los dos partidos monárquicos (divididos por sus preferencias en relación a la casa de Orleans o de los Borbones, y también por su vinculación con la burguesía financiera o los terratenientes, respectivamente). Esta alianza, denominada por Marx como “partido del orden”, logró derrotar, primero, a los sectores republicanos de izquierda (conformados por los unificados sectores pequeño-burgueses y proletarios), que habían logrado un claro avance electoral a mediados de 1849. El partido del orden los empujó a la lucha en las calles, pero al darla en forma pacífica y poco decidida, fueron derrotados en junio de 1849. Luego sería el turno de los republicanos burgueses, que no pudieron reaccionar en forma efectiva cuando se suprimió el sufragio universal y se dictó una ley de prensa autoritaria, en mayo de 1850. Entonces, progresivamente, Bonaparte, cuya reelección estaba impedida constitucionalmente, entró en tensiones cada vez más fuertes con los dos partidos monárquicos, que además no lograban unificar su accionar. El presidente pidió la restauración del sufragio universal, y la Asamblea Nacional lo rechazó, pero por escaso margen. Finalmente, en diciembre de 1851, organizó un golpe de Estado, legitimado luego a través de un plebiscito. Ya fuera del período analizado por Marx en este libro, en noviembre de 1852, el proceso terminó en la sanción plebiscitaria de un Imperio, entronizándose como Napoleón III.

La lucha por las significaciones como elemento central de la dinámica política

A lo largo de todo el *18B* es posible observar que, para Marx, el lenguaje cumple un papel ineludible en la dinámica política y en la definición del resultado del enfrentamiento entre las clases sociales. Como hipótesis explicativa central podemos decir que la falta de un lenguaje adecuado es identificada, ya al comienzo del *18B*, como el motivo por el cual, ganada la instauración de una república democrática, los mayoritarios sectores populares no pudieron imponerse políticamente. Esta carencia de un lenguaje acorde a las nuevas realidades permite dar cuenta de por qué, a pesar de existir el sufragio universal (masculino), se retrocedió hasta la instauración del autoritarismo bonapartista³. En este

³ Este no fue el único factor causal de la derrota, pues Marx también señala la debilidad económico-social de un proletariado industrial naciente y relativamente circunscripto a París.

sentido, como plantea Jessop, es posible leer todo el *18B* como un análisis de las limitaciones discursivas que tuvo la representación de los intereses de clase, y de las implicancias que los desfases de ellos derivados generaron en la dinámica política (Jessop, 2002, p. 182).

Marx dedica las primeras páginas del *18B* a dejar en claro esta cuestión. En el segundo párrafo de la obra, luego de afirmar que los hombres hacen su historia “bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado”, agrega que esta dinámica opera a través de las limitantes que generan las representaciones tradicionales: “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (p. 15). Por lo tanto, cuando se disponen a hacer la revolución “conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y ese lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal” (pp. 15-16). De modo que las “tradiciones” se traducen en símbolos, en lenguajes. Es que, como señala Jessop, para Marx, los hombres están condicionados por el repertorio semiótico que han heredado del pasado (Jessop, 2002, p. 190). Norman Fairclough y Phil Graham interpretan conceptualmente este proceso como un reconocimiento de Marx de la heteroglosia social, de la intertextualidad, y de cómo los cambios involucran una recontextualización selectiva y una apropiación interdiscursiva de los discursos existentes y de todo esto como un proceso que está socialmente situado, en relación a las diferentes posiciones sociales (Fairclough y Graham, 2002, pp. 40-41). El problema fue que esta simbología antigua funcionó como una “herencia restrictiva”, como una “poesía” limitante que dio cuenta de la realidad de modo desfasado, pensándola con categorías anacrónicas.

Este desfase Marx lo explica haciendo referencia a los casos en que, cuando somos hablantes recién iniciados en una nueva lengua, debemos todo el tiempo traducir a nuestro idioma nativo y, de este modo, no logramos una clara comprensión de la nueva realidad. La falta de un dominio del lenguaje apropiado al nuevo contexto impidió una producción/acción realmente libre:

[el tomar el lenguaje prestado] es como el principiante que ha aprendido un idioma nuevo: lo traduce siempre a su idioma nativo, pero sólo se asimila el espíritu del nuevo idioma y sólo es capaz de producir libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida en él su lengua natal (p. 16).

Estos desfases fueron, para Marx, la principal causa del fracaso de la revolución de 1848: la falta de conceptos que permitiesen comprender lo novedoso de la nueva realidad social de mediados del siglo XIX, que ya no era como la de fines del siglo XVIII. Un contexto que abría la posibilidad de una revolución pro-

letaria, de características cualitativamente diferentes a la revolución de 1789, pero que no pudo ser así conceptualizada por la carencia de un lenguaje adecuado a las tareas que eran necesarias para impulsar este proceso de profundo cambio social. Un lenguaje que diera cuenta de la discontinuidad esencial entre la revolución proletaria y el modelo burgués de revolución (Basso, 2009, p. 68).

A diferencia de los textos previos, en el *18B* hay una fuerte valorización del proceso ideológico necesario para lograr la toma de conciencia. Es que los intereses de las clases no emergen de forma automática, ni siquiera son develados por la mera lucha política⁴. Hasta el texto *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* [en adelante, *LCF*] (Marx, 1973a [1850]), parecía que, para Marx, la propia dinámica de la lucha permitiría lograr la toma de conciencia de los intereses de clase. Como dice Frosini, el encuentro político no dejaba intacta la ideología, sino que la exponía a su “veracidad efectual” (Frosini, 2009, p. 83). Sin embargo, para este filósofo italiano, en el *18B* hay un quiebre en el que desaparece todo el juego entre verdadero y falso dentro de la política. Por este motivo, Marx afirma que si bien “la sociedad parece haber retrocedido más allá de su punto de partida [por el triunfo de Luis Bonaparte]; en realidad, lo que ocurre es que tiene que empezar por crearse el punto de partida revolucionario” (p. 19). Y si bien podría estar mencionando cuestiones más estructurales, a continuación hace referencia a que “las revoluciones proletarias [...] se critican constantemente a sí mismas” (p. 20)⁵. Por eso destaca Frosini que, a partir del *18B*, queda en claro que la revolución proletaria solo podrá nacer de una crítica preliminar de la ideología: de este modo, el contenido podrá devenir al primer plano y el pasado dejará de pesar. Es que, para Marx, ya no es en la mera práctica, en tanto acciones materiales, donde se puede constituir la verdad, sino en la lucha ideológica (Frosini, 2009, p. 86).

De esta importancia del plano ideológico se deriva el papel clave del lenguaje y de la necesidad de representantes que den cuenta del mejor modo posible de la realidad y así contribuyan a esta toma de conciencia⁶. En un proceso que implica, por un lado, que la propia clase posea una correcta comprensión de lo que está en disputa, pero también acciones por las cuales se logran imponer, a

⁴ Aunque también en algunos fragmentos del propio *18B* pareciera que la lucha y las derrotas construyen conciencia. Así Marx sostiene que la propia “derrota de los insurrectos de Junio”, “había puesto de manifiesto que en Europa se ventilaban otras cuestiones que la de ‘república o monarquía’. Había revelado que aquí *república burguesa* equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras clases” (p. 26).

⁵ Sobre la idea de la revolución proletaria como resultado de un proceso de “destilación”, a través de un indefinido “purgatorio”, en tanto opuesta a la repentina revolución burguesa, ver Wendling (2003), donde encontramos una crítica al componente teleológico de este esquema de Marx.

⁶ Los conceptos de “representantes” y de “representación” implícitos en el *18B* son de una extraordinaria riqueza y trabajan a través de la yuxtaposición de tres ideas: la representación como terciarización, como defensa de intereses y como construcción de los intereses de las clases. Un análisis más detallado sobre esta cuestión puede consultarse en Balsa (2019a).

las demás clases, las significaciones de los fenómenos más propicias para consolidar el dominio de la propia clase. En este sentido, podemos decir que el *18B* contiene en germen la teoría de la hegemonía desplegada por Antonio Gramsci. Se observa que, para Marx, la lucha política se resuelve, en términos de eficacia y de sentido, no en la mera materialidad de determinados procesos, sino en la significación que sobre los mismos se logra establecer en forma generalizada.

Marx analiza cómo esta disputa por las significaciones de los fenómenos sociales se abrió ya con el propio estallido revolucionario de febrero de 1848. Recordemos que los acontecimientos se precipitaron en un “afortunado golpe de mano” a partir de unas jornadas que “proponíanse primitivamente como objetivo una reforma electoral” (p. 23). Por lo tanto, en la medida en que la revolución no fue planificada, cada partido procuró fijar su propia interpretación de la misma (“cada partido la interpreta a su manera”).

La disputa por las significaciones se da no solo acerca de cómo conceptualizar todo el proceso político, sino también en torno a cómo interpretar acontecimientos puntuales. De modo que la clave explicativa no estará en el mero acontecimiento fáctico, sino en la interpretación que logre imponerse sobre los hechos⁷. Así, por ejemplo, cuando los partidos monárquicos, con su mayoría parlamentaria, habían conseguido la victoria sobre los republicanos reprimiendo la movilización del 13 de junio de 1849, el presidente Luis Bonaparte supo disputar exitosamente (a través de afiches) la representación de quién había triunfado, y esto fue, finalmente, lo clave:

El partido del orden había conseguido la victoria y Bonaparte no tenía que hacer más que embolsársela [...] El 14 de junio pudo leerse en los muros de París una proclama en la que el presidente, como [...] obligado simplemente por la fuerza de los acontecimientos, sale de su recato claustral, se queja, como la virtud ofendida, de las calumnias de sus adversarios, y, mientras parece identificar a su persona con la causa del orden, identifica a la causa del orden con su persona (p. 60).

En la última proposición es posible observar cómo Marx señala la construcción, por parte de Luis Bonaparte, de una relación equivalencial entre el orden y su persona. Ambos significantes, que obviamente no son idénticos, son presentados como tales a través de la construcción de una relación equivalencial recíproca. Entonces, a través de ciertas estrategias comunicacionales, el presidente creó (o, mejor dicho, procuró crear) un vínculo entre significantes que no

⁷ Como afirmará más tarde Voloshinov, “no es la vivencia la que organiza la expresión, sino por el contrario, es la expresión la que organiza la vivencia, le da por primera vez una forma y una determinación del sentido” (Voloshinov, 1929, p. 120).

tenían ninguna relación de reciprocidad por sí mismos; y esta nueva significación de su persona y del orden la intentó imponer como la significación válida acerca de las causas de un fenómeno ya pasado (recientemente). A esta operación de construcción de vínculos equivalenciales, Laclau y Mouffe (1987) la propondrán como clave en la construcción de toda hegemonía, aunque sin hacer ninguna referencia a estas elaboraciones de Marx (tal vez porque hubieran complejizado la visión relativamente simplificada del marxismo, que estos autores proponían “superar”).

Para finalizar este análisis de la forma en que Marx destaca el papel del lenguaje en su impacto en la dinámica política, podemos observar que la conceptualización de las opciones de acción y la imposición de una determinada significación tienen efectos futuros sobre las conductas legítimas o plausibles. Así, la construcción de una mirada estigmatizante hacia toda insurrección en defensa del sistema constitucional produjo enormes limitaciones para defenderse frente al golpe de Estado. Marx analiza de qué manera la burguesía, en este caso representada por el “partido del orden” (los diputados monárquicos), al haber instalado en la opinión pública, frente a las acciones de los republicanos, que toda defensa armada de la Constitución era equivalente a la “anarquía”, se auto-despojó de las armas para defenderse del golpe de Estado que daría Luis Bonaparte en su contra, poco tiempo después:

[...] al estigmatizar la insurrección en defensa del régimen constitucional como anárquica, como un movimiento encaminado a subvertir la sociedad, la burguesía cerraba a sí misma el camino del llamamiento a la insurrección, tan pronto como el Poder ejecutivo violase la Constitución [como ocurrió el diciembre de 1851] (p. 59).

Pensar el lenguaje como lucha por las significaciones (y no como una estructura basada en el par significado/significante) será uno de los principales aportes que Voloshinov (1929) realizará a los estudios lingüísticos, y que constituyen una base para pensar una lingüística marxista. Lo interesante de destacar es que este enfoque está ya implícitamente presente a lo largo de este texto de Marx.

El lenguaje como mediación entre las clases y la dinámica política

Tan destacado es el papel que Marx reserva al lenguaje a lo largo del *18B*, que ha generado una lectura en clave posmarxista que sostiene que este papel implica una capacidad performativa tal que anula la importancia de las clases sociales. Así, por ejemplo, Terrell Carver (2002, pp. 126-127) califica todo el *18B* como un breve tratado sobre el poder performativo de las alusiones anacrónicas y las invocaciones. Mientras que James Martin señala que los parámetros de la

política son definidos por procesos que son de naturaleza performativa (Martín, 2002, p. 130). Esta capacidad performativa del lenguaje, llevada a un extremo, tornaría completamente innecesario y hasta errado mantener el análisis en términos de las clases sociales⁸.

Considero que, claramente, esta no es una interpretación compatible con lo escrito en el *18B*. Aquí las clases sociales (y sus fracciones) están permanentemente presentes y definidas a partir de la relación de los sujetos con los medios de producción y los procesos de circulación y distribución. Es más, como dice Boito (2002), una de las claves del *18B* es la forma en la cual Marx lee la escena política en términos de clases e intereses de clase, y propone evitar el oscurecimiento del juego de estos intereses cuando solo se observan las fuerzas de izquierda o derecha, progresistas o conservadoras. Resaltar este plano de clases no niega, sino que, por el contrario, permite destacar los procesos complejos a través de los cuales estas clases y fracciones se constituyen en actores en la escena política⁹.

El lenguaje, justamente, aparece mediando entre las clases definidas por la posición en relación con los medios de producción, y la dinámica política. Los “representantes políticos y literarios” de las clases tienen como tarea central procurar construir la clase-para-sí a través del uso de un lenguaje adecuado a la toma de conciencia de sus verdaderos intereses. Un intento que podemos conceptualizar como siempre fallido debido a, al menos, dos procesos simultáneos (falla que, en alguna medida, torna inadecuado el concepto de “clase-para-sí”). En primer lugar, la dinámica política misma complejiza la idea de “toma de conciencia”, pues la propia lucha (por la hegemonía) provoca la permanente interpenetración de las interpelaciones ideológicas, que además siempre contienen tradiciones y un pasado lingüístico que es imposible ignorar (de modo que nunca es posible lograr el acceso “transparente” a los “verdaderos intereses de clase” y a una conciencia de clase-para-sí). Y, en segundo lugar, una discursividad que procure la hegemonía tiene que saber interpelar a las otras clases y, por lo tanto, debe tener en cuenta sus intereses, de modo que no puede ser una pura propuesta clasista y, en este sentido, una pureza de clase correría el riesgo de caer en lo que Gramsci denominó planteos meramente corporativos y que no contribuirían positivamente a la construcción de la hegemonía. Como dice Vacca, “el

⁸ Tal vez el intento posmarxista más desarrollado en el sentido de negar la importancia de las clases sociales en tanto pre-constructoras de subjetividades políticas ha sido el de Ernesto Laclau (ver al respecto, Gómez, 2014, pp. 130-144). De todos modos, a Laclau, las clases se le reintroducían todo el tiempo cuando hablaba de sectores populares (Balsa, 2010).

⁹ Sobre el análisis de la dinámica política en términos de “escenario”, puede consultarse Balsa (2019b). Una interesante defensa de la utilidad del análisis en términos de clases, frente a tanta renuncia por parte de autores incluso de tradición marxista, puede encontrarse en Jameson (2013, pp. 184-185).

concepto de hegemonía se basa en la elaboración del principio de interdependencia.” (Vacca, 2017, p. 70).

En todo caso, la toma de conciencia depende de los procesos de representación, en los cuales el lenguaje juega un papel clave. La construcción discursiva de estos intereses va sedimentando en tradiciones que luego son difíciles de dejar de lado en coyunturas específicas, en particular por parte de los “representantes políticos o literarios”. Entonces, si la clase evalúa que están descolocados en relación con sus intereses, puede terminar despidiéndolos, es decir, no considerándolos más como sus representantes, tal como aconteció con la burguesía (que procuraba un orden que las tensiones entre el parlamento y el presidente no le garantizaba) y los parlamentarios del “partido del orden”:

El partido del orden dentro del parlamento se había divorciado del partido del orden *fuera* del parlamento. Los portavoces y escribas de la burguesía, su tribuna y su prensa, en una palabra, los ideólogos de la burguesía y la burguesía misma, los representantes y los representados aparecían divorciados y ya no se entendían más (p. 110).

[...] más inequívocamente todavía que el divorcio con sus *representantes parlamentarios*, ponía de manifiesto la burguesía su furia contra sus representantes literarios, contra su propia prensa (pp. 113-114).

Estos divorcios nacen, entre otras causas, debido a que, como analiza Marx, los actores no se dan cuenta de las limitaciones que les imponen los lenguajes heredados. En este sentido es que podría interpretarse que el lenguaje ocupa un plano relativamente estructural, no visible para los actores y un tanto fuera del control de los mismos, quienes tienen que cargar con esa “tradicción” y no llegan a ser conscientes de cómo el lenguaje pone límites a las formas en que se pueden describir los eventos y personajes, explicar los fenómenos y planificar la acción. De modo que el lenguaje constituiría otro plano estructural, que limita y determina. Podría decirse que Marx repone esta centralidad del lenguaje, retornando a lo que Jameson vincula con una visión aristotélica, frente al lugar destacado que había tenido el Espíritu dentro del esquema hegeliano (Jameson, 2013, p. 95).

Ahora bien, aunque este sea un plano poco consciente, es posible operar sobre él; podría ser controlado en la medida que se trabaje en el nivel consciente. Marx señala que es posible “inventar” una “nueva poesía” para las nuevas revoluciones. Un lenguaje de clase que deleve la dominación y permita trazar cursos de acción que se aproximen mejor a los intereses objetivos de las clases¹⁰. Por lo

¹⁰ No podemos desarrollar aquí la cuestión de los denominados “intereses objetivos de las clases”, pero su postulado, al menos en un carácter especulativo, resulta esencial para un análisis marxista de la dinámica social. Simplemente aclaramos que lo “objetivo” de dichos intereses no debería interpretarse en el sentido de que existan en forma dada, sino que son postulados por el/la analista crítico como una especulación acerca de qué opción sería más conveniente para una determinada clase. Un desarrollo breve, pero un poco más extenso, de esta idea se encuentra en Balsa (2019a).

cual, para LaCapra (1987), el *18B* contiene una propuesta de crítica del lenguaje: los hombres están condicionados por el repertorio semiótico del pasado, pero pueden ser creativos en relación con ese repertorio.

En este sentido, podría leerse el *18B* como un claro intento de explicitar este papel del lenguaje en la lucha política/lucha de clases. Jessop lo considera una “contribución a la crítica de la economía semiótica” (Jessop, 2002, p. 182). Incluso, podemos pensarlo como una especie de “manual” (por cierto, más entretenido que didáctico, en tanto su conceptualización no está explicitada como tal) para educar al proletariado en cómo hacer un análisis crítico de los discursos políticos. De este modo, el proletariado podría dotarse de un lenguaje político apropiado para formular sus demandas y sus análisis de la dinámica política. Un lenguaje, diferenciado del lenguaje democrático-burgués, propio de las revoluciones del siglo XVIII y que, para mediados del siglo XIX, era característico de la pequeña burguesía. Pues, como veremos, las limitantes de este lenguaje democrático-burgués para dar cuenta de la lucha de clases propia del siglo XIX habrían sido la causa de la falta de claridad de los sectores populares para resolver la revolución de 1848 en su provecho.

¿Postulación (o no) de un lenguaje “neutral”?

Entonces, para Marx se debería partir de un análisis crítico de las formas discursivas heredadas del pasado, develar sus vinculaciones con las posiciones de clase y proponer un nuevo lenguaje. Este lenguaje debería estar relativamente controlado y tendría que dejar de lado las “supersticiones” y la “veneración del pasado”:

La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desbordaba el contenido; aquí, el contenido desbordaba la frase (pp. 18-19).

Este párrafo, en particular, y otras formulaciones presentes en el *18B* han dado lugar a dos cuestiones en debate: si Marx está proponiendo desarrollar un lenguaje por fuera de lo ideológico y si el lenguaje revolucionario podría evitar el uso de las figuras heroizantes. Abordaremos en este apartado la primera cuestión, dejando la segunda para el siguiente.

El citado fragmento contiene elementos que han sido interpretados por algunos como producto de una ilusión positivista de poder acceder a la realidad (y

a elaborar propuestas para el futuro) sin mediaciones ideológicas. Para los marxistas más ortodoxos esta es la posibilidad que abre el marxismo en tanto “ciencia”. En cambio, los críticos posmarxistas denuncian el error de Marx de creer en un lenguaje neutral. Según Martin, Marx pensaba que se podía acceder a la “realidad” y transformarla, sin el recurso a la fantasía, la imaginación y el discurso (Martin, 2002, p. 140). Por su parte, Derrida plantea que Marx quiso *conjurar* los fantasmas, dejar de heredarlos (Derrida, 1995, p. 61). Así, el contenido propio de la revolución proletaria ya no se ocultará, reprimido bajo una retórica, y, por el contrario, se anticipará y “ganará por la mano a los signos” (*ibidem*, pp. 130-133).

Es cierto que la postulación de un lenguaje aideoológico es una lectura que el texto de Marx habilita. Sin embargo, como sostiene Harries, si bien Marx intenta, con la propuesta de un nuevo lenguaje, escapar de las alusiones y sus confines repetitivos, finalmente, el texto no desarrolla esta noción del lenguaje, y Marx nunca declaró haber descubierto el lenguaje revolucionario del siglo XIX (Harries, 1995, pp. 37, 61-62).

Por su parte, Jessop (2002) afirma que Marx plantea que no hay lenguaje neutral, que todo movimiento político necesita encontrar su discurso y simbolismo apropiados como medio de expresión política para desarrollar sus intereses.

Varios giros presentes en el propio texto sugieren que el lenguaje no sería neutral para Marx. Nunca plantea que el lenguaje del proletariado deba ser aideoológico, ni reducido a una ciencia. Es más, sus referencias son siempre a una “nueva poesía”. Además, no solo habría “representantes políticos” de las clases, sino también “representantes literarios” (pp. 53, 113-114). Y, como el propio Derrida destacó, Marx formula su propuesta de conjurar los fantasmas, con “una de las más inagotables fraseologías de la humanidad moderna” (Derrida, 1995, pp. 130-133).

Ahora bien, considero que reconocer que el nuevo lenguaje no será aideoológico no implica necesariamente dejar de perseguir el ideal de procurar la verdad e intentar basarse en una metodología científica para validar lo afirmado. En este sentido, todo discurso científico debe procurar explicitar y, a la vez, controlar el peso de las ideologías en sus descripciones y explicaciones de los fenómenos, sin dejar de lado la preocupación por una metodológica sistemática. En la misma línea, también todo discurso político se presenta como verdadero, como fundado en el acceso a lo que realmente ocurre¹¹. El propio Derrida, a pesar de la crítica a la ilusión de ganarle “por la mano a los signos”, señala que “no ha habido nunca un *scholar* que, en tanto que tal, no crea en la distinción tajante entre lo real y lo no-real, lo efectivo y lo no-efectivo, lo vivo y lo no-vivo, el ser y el no-ser

¹¹ Más allá de las modalizaciones que puedan atemperar el componente asertivo con objetivos de cortesía o concesión, siempre empleados en función de mejorar la capacidad interpelativa hacia los/as paradesinarios/as.

[...] Más allá de esta oposición, no hay para el *scholar* sino hipótesis de escuela, ficción teatral, literatura y especulación” (*ibidem*, p. 25). En este sentido, el marxismo no tiene por qué pedir disculpas por presentarse como un discurso verdadero (o que tiende a la verdad) y, además, por procurar brindar un fundamento más científico a sus análisis y propuestas. Los discursos que no procuran aproximarse a la verdad corren el riesgo contrario de, como dice Jameson, caer en el eterno comentario. Es esto lo que hacen las propuestas deconstructivas, que escapan a esta problemática, a través de elaborar textos que solo refieren críticamente a otros textos, sin capacidad de elaborar una propuesta propia (Jameson, 2013, pp. 157-158).

En todo caso, es razonable que el discurso político pretenda descartar las “supersticiones”, incluso trabajar críticamente sobre el sentido común y, en especial, sobre sus aspectos más conservadores. Lo cual no puede ser interpretado como la certeza de haber alcanzado “la verdad”. Cabe aclarar que este nunca fue el planteo de Marx, o incluso el de Engels. Este último, en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, sostenía que

La “verdad absoluta”, imposible de alcanzar por este camino [hegeliano] e inasequible para un solo individuo, ya no interesa, y lo que se persigue son las verdades relativas, asequibles por el camino de las ciencias positivas y de la generalización de sus resultados mediante el pensamiento dialéctico (Engels, 1975 [1888], pp. 21-22)

...en nuestras investigaciones [...] tendremos en todo momento la conciencia de que todos los conocimientos que obtengamos serán forzosamente limitados y se hallarán condicionados por las circunstancias en las cuales los obtenemos [...] sabemos que [...] lo que hoy reputamos como verdadero encierra también un lado falso, ahora oculto, pero que saldrá a la luz más tarde, del mismo modo que lo que ahora reconocemos como falso guarda su lado verdadero... (*ibidem*, pp. 63-64).

En similar sentido, décadas más tarde, Antonio Gramsci profundizará estas elaboraciones frente un marxismo crecientemente dogmático, y afirmará que siempre hay que recordar que toda verdad ha tenido orígenes prácticos. Y Gramsci sostendrá que esta afirmación “es válida también para la misma filosofía de la praxis”, aunque sea “muy difícil hacer comprender ‘prácticamente’ [...] semejante interpretación”, “sin hacer tambalear aquellas convicciones que son necesarias para la acción” (Gramsci, 1986, tomo 4, p. 334 [CC11\$62]). Como señala Thomas (2009, p. 254), a pesar de registrar estas dificultades, Gramsci nunca planteó la posibilidad de abandonar la obligación de aplicar los métodos de una crítica histórica-ideológica al propio marxismo. Es que el peligro era (y es), como dice

Gramsci (1986, tomo 4, pp. 334-335 [CC11\$62]), que el marxismo se convirtiese en una ideología en su peor sentido, dogmática y, al mismo tiempo, negadora de su carácter ideológico al enunciarse desde el pretendido lugar de la ciencia neutral. La forma que propone Gramsci para sortear este dilema es, justamente, mantener la tensión, no negarla (Balsa, 2018). De modo que hay que combinar creencia con criticismo: “la cuestión es sobre las dosis de ‘criticismo’ y de ‘historicismo’ que están contenidas en cada forma de pensamiento” (Gramsci, 1986, tomo 4, p. 317 [CC11\$45]).

¿Necesidad (o no) de un *pathos* heroicizante?

Del párrafo transcrito anteriormente acerca de que se “debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido”, nace también la cuestión de si es posible desterrar las pasiones y abandonar el lenguaje heroico, siempre presente en la “veneración supersticiosa por el pasado”. La cual, necesariamente, debe esconder defectos y agrandar virtudes de los “héroes” a honrar, no solo en tanto figuras del pasado, sino, especialmente, en tanto actores del presente. Y, en este sentido, surge el interrogante de si podría desarrollarse una discursividad, para volver al párrafo citado, en la que lo importante no sean las “frases”, sino el “contenido” (p. 19).

Para Marx, la burguesía no pudo obviar el lenguaje heroico para consolidar su dominio político. Como analiza al comienzo del *18B*, “por muy poco heroica que la sociedad burguesa sea, para traerla al mundo habían sido necesarios, sin embargo, el heroísmo, la abnegación, el terror, la guerra civil y las batallas de los pueblos” (p. 17), y para ello resultaba imprescindible “mantener la pasión” en un nivel alto. Por ello, para Marx, la burguesía había requerido de estas invocaciones al pasado romano:

Y sus gladiadores encontraron en las tradiciones clásicamente severas de la República Romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a sí mismos el contenido burguesamente limitado de sus luchas y mantener la pasión a la altura de la gran tragedia histórica (p. 17).

Pero si en las revoluciones inglesa y francesa esta “resurrección de los muertos” fue “para glorificar las nuevas luchas”, “para exagerar en la fantasía la misión trazada” y para “encontrar de nuevo el espíritu de la revolución”, en la coyuntura de 1848-1851 sólo fue para “parodiar las antiguas [luchas]”, para “retroceder en la realidad” y para “hacer vagar otra vez” al “espectro” de la revolución (p. 17).

Al parecer, el proletariado no requeriría de estas operaciones. Solo necesitaría de una teoría y una visión clara de sus intereses. Por eso Marx sostiene que

debe “despojarse de toda veneración supersticiosa del pasado” (p. 19). Según Boito, en el caso de los partidos proletarios, “su relación de representación excluye cualquier relación de disimulación. Al proceder de este modo, los partidos obreros lanzan una luz nueva sobre el conjunto de la escena política. Hacen que cada partido aparezca, a los ojos de los obreros organizados, como aquello que son realmente, en contra del trabajo de la ideología que encubre los intereses profundos de cada partido y de cada corriente política burguesa y pequeño-burguesa” (Boito, 2002, pp. 138-139).

Entonces, queda planteada la cuestión de si es posible una práctica política revolucionaria sin un *pathos* heroicizante procurado a través del empleo del género epidíctico, es decir, tal como lo planteó Aristóteles (quien también lo denominó “demostrativo”), el género propio del elogio (o el vituperio), y cuyo recurso típico es la amplificación, añadiendo grandeza y moralidad a las descripciones, tanto positivas (de los propios) como negativas (hacia los contrarios)¹².

Estamos en presencia de la tensión entre la función exhortativa del estudio de la historia como cantera para encontrar ejemplos heroicos que puedan excitar las pasiones revolucionarias (imprescindibles para arriesgarse en acciones en las que se requiere dedicar gran parte de la vida e, incluso, muchas veces arriesgarla) y la historia como el conocimiento científico del pasado para una mejor comprensión del presente. Y esta tensión se traslada a la cuestión de las identidades políticas, en las que una idealización de figuras y procesos puede llevar a graves errores de apreciación sobre el mejor curso de acción. Pero, en el otro extremo, un análisis desapasionado y/o crítico-deconstructivo conduce más al descrédito y la inacción. Como plantea Webb, “el problema (metodológico y político) de generar una esperanza radical y capturar el espíritu de la revolución *sin* la ayuda de engañosas frases utópicas (en otras palabras, el problema de argumentar persuasivamente de modo que se presente un contenido emancipatorio para ser alcanzado, pero que trascienda todo intento profético para expresarse) es uno de los más complejos y significativos problemas que nos ha dejado Marx” (Webb, 2002, p. 255). Consideramos que, nuevamente, Gramsci aporta una propuesta que implica el reconocimiento de esta tensión, y no su negación. Se propone, entonces, transitar esta tensión a través de la combinación de “saber” y “pasión”, de crítica científica, pero, al mismo tiempo, de recuperación de las vivencias y las tradiciones populares. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que con la cuestión del “mito” y su centralidad en el planteo gramsciano se mantiene la problemática de cómo poder combinar creencia apasionada con análisis crítico.

Del análisis del *18B* se observa que pareciera que es imposible un movimiento revolucionario que no requiera de una discursividad con un *pathos* he-

¹² Aristóteles (2005, libro primero, cap. IX).

roicizante. Como plantea Derrida, Marx está proponiendo olvidar “el espectro y la parodia”, pero sin caer en la “simpleza burguesa”, es decir, hay que olvidar solo “lo suficiente como para ‘recuperar *el espíritu* de la revolución sin hacer volver su *espectro*”. Es que hay que distinguir el espíritu de la revolución de su espectro (Derrida, 1995, pp. 127-129). Así Marx señala, en relación a las *idées napoléoniennes* que mantenían los campesinos, que “no son más que las alucinaciones de su agonía, palabras convertidas en frases, espíritus convertidos en fantasmas” (p. 141).

Marx no cae en estas ilusiones de un discurso ajeno a los mitos. Incluso, hacia el final del libro, él mismo formula algunas construcciones de tipo mítico, como hablar de “la Revolución” como un sujeto de la historia, o de un “viejo topo” que socaba invisiblemente el orden burgués, a pesar del evidente triunfo de Luis Bonaparte y la recomposición de dicho orden:

[...] la revolución es radical, está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Lleva primero a la perfección el Poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección el Poder ejecutivo, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo! (pp. 130-131).

Este tipo de metáforas exalta las posibilidades de triunfo revolucionario, a riesgo de efectuar enormes errores evaluativos de las fuerzas propias. Cuando fueron conceptualizadas como construcciones discursivo-metafísicas, es decir, con carácter de sujetos reales de la historia, se fueron constituyendo en graves problemas para el pensamiento marxista. Con este tipo de razonamiento, toda derrota se convierte en coyuntural, toda liquidación de militantes y fuerzas políticas en algo superable, y toda centralización del poder favorece a “la revolución” porque permite “concentrar todas sus fuerzas” en la destrucción de este “único blanco”. Y, en todo caso, aunque no podamos comprender ni observar este proceso, “la Revolución” “cumple su tarea con método”¹³. Gramsci será sumamente crítico acerca del empleo de estas fórmulas teleológicas, que, si bien reconoce que pueden dar esperanzas a los sectores populares en momentos de derrota, obnubilan la correcta comprensión de los procesos históricos y no los preparan

¹³ Semejantes enfoques teleológicos pueden conducir a enormes errores en la estrategia política. Así, es casi imposible no asociarlos con los ejemplos de los años setenta en Argentina, con esa confianza ciega en el advenimiento de una revolución que podría sobreponerse a cualquier tipo y grado de represión y terrorismo estatales, que incluso podían llegar a facilitar la visualización del enemigo. Y todo ello cuando el ejemplo chileno ya lo había desmentido claramente. Estos razonamientos, que funcionaron para blindar las voluntades frente a cualquier retroceso, al mismo tiempo sirvieron para subvalorar las posibilidades de una derrota catastrófica.

para convertirse en sus propios dirigentes. Reflexionando desde la derrota, destacó los errores a los que conducía este tipo de argumentaciones que calificaba “deterministas”, “fatalistas”, “mecanicistas” y con un “‘aroma’ ideológico inmediato”:

[...] se convierte en una fuerza formidable de resistencia moral, de cohesión, de perseverancia paciente y obstinada. “Yo estoy derrotado momentáneamente, pero la fuerza de las cosas trabaja para mí a largo plazo, etcétera”. La voluntad real adopta la apariencia de un acto de fe, de una cierta racionalidad de la historia, de una forma empírica y primitiva de finalismo apasionado que aparece como un sustituto de la predestinación, de la providencia, etcétera, de las religiones confesionales [...] el mecanismo aparece en cierto punto como un peligro inminente [...] Ciertamente no. [...] siempre hay que demostrar la futilidad del determinismo mecánico... (Gramsci, 1986, tomo 4, p. 255 [CC11§12]).

Pero, más allá de los problemas que trajeron estas mitificaciones, lo que es claro para nuestra pregunta es que el lenguaje de Marx no era ajeno al uso de figuras imaginarias. Además, el discurso epidíctico está siempre presente, si no como elogios, sí como vituperios: el discurso de Marx está cargado de ironías y críticas mordaces. Por dar solo un ejemplo, Luis Bonaparte es descrito como “el aventurero que esconde sus vulgares y repugnantes rasgos bajo la férrea máscara de muerte de Napoleón” (p. 17).

La no búsqueda de un lenguaje neutro, ni carente de exaltaciones e ironías, el empleo de metáforas y demás figuras, nos conduce a la última de las cuestiones que queremos abordar en este artículo: el papel de la retórica en el proceso emancipatorio.

Retórica y significantes en la dinámica política

Jessop (2002) destaca que Marx pensaba la teatralidad de la política no sólo como metáfora, sino también como práctica política de autoconciencia, pues los actores políticos deben persuadir e impresionar a su audiencia. Varios autores destacan cierta admiración de Marx hacia la capacidad de Luis Bonaparte para manipular el simbolismo que entrañaba su apellido y para controlar el escenario político, “para hacer su propia historia, a su gusto y bajo las circunstancias por él elegidas” (Harries, 1995, pp. 42-44). Es que, para Marx, si “la burguesía representaba la comedia más completa, pero con la mayor seriedad del mundo”, “a medias convencida de la solemnidad de sus acciones y representaciones dramáticas, tenía que vencer por fuerza el aventurero que tomase lisa y llanamente la comedia como tal comedia” (p. 81).

Como dicen Fairclough y Graham (2002, p. 39), Bonaparte logró ver la “per-

formance”, la farsa mítica, de los políticos burgueses y se aprovechó para manipularlos. Sin embargo, para Marx, finalmente, Bonaparte cayó en su propia trampa al terminar creyéndose en el papel que se había reservado (Myers, 2003, p. 19), fue víctima de sus propias frases, de los elementos de su propia “ideología” (Fairclough y Graham, 2002, p. 39), tal como se observa en el siguiente fragmento:

En un momento en que la misma burguesía representaba la comedia más completa, pero con la mayor seriedad del mundo [...], tenía que vencer por fuerza el aventurero que tomase lisa y llanamente la comedia como tal comedia. Sólo después de eliminar su solemne adversario, cuando él mismo toma en serio su papel imperial y cree representar, con su careta napoleónica, al auténtico Napoleón, solo entonces es víctima de su propia concepción del mundo, el payaso serio que ya no toma a la historia universal por una comedia, sino su comedia por la historia universal (p. 81).

Esto nos plantea el problema de la necesaria exterioridad del *retor*, del orador que hace uso de la retórica, en relación con el empleo de las figuras o las argumentaciones retóricas. La retórica, en su versión clásica, implica un orador que procura persuadir y para ello hace uso de razonamientos retóricos que, aunque parecen ser deducciones lógicas, no lo son, sobre todo porque se basan en *topoi*, o lugares comunes, que sin ser enunciados permiten completar la argumentación. En otros casos, apela a las figuras retóricas y a la ambigüedad por ellas posibilitada, que permite construir relaciones equivalenciales. Entonces, hay una estrategia retórica (o, al menos, una táctica, en tanto que operación más coyuntural). Y, para ello, Marx propone una exterioridad del político en relación a estas operaciones retóricas (Harries, 1995, p. 43)¹⁴.

El problema que emerge es que para que estas operaciones sean persuasivas, tiene que existir cierta creencia en las mismas por parte del orador, y, por lo tanto, es difícil mantener esta exterioridad (incrédula), tal como le termina pasando a Luis Bonaparte. Y este problema es mucho mayor en el caso de sujetos políticos colectivos, que tienen que consustanciarse con estas creencias. Abordaremos esta cuestión en relación a dos tipos de significantes que Marx estaría proponiendo como claves para la dinámica política: los significantes (tendencialmente) vacíos y los colectivos de identificación ambiguos.

Para el primer caso, Marx brinda el ejemplo de un significante que era tan vacío que logró concitar una enorme capacidad interpelativa. Tal como desarrolla en el siguiente fragmento de *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, la

¹⁴ Todas estas cuestiones se disuelven si toda enunciación es retórica o si, al menos, no hay grados de retoricidad, como le ocurre a Laclau. Pero, entonces, el problema se agrava (Balsa, 2019c).

figura del propio Luis Bonaparte, justamente por su vacuidad, tuvo la virtud de lograr un amplio abanico de apoyos electorales:

[...] vino a resultar [...] que el hombre más simple de Francia adquirió la significación más compleja. Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo, menos a sí mismo. Sin embargo, por muy distinto que pudiese ser el sentido que el nombre de Napoleón llevaba aparejado en boca de diversas clases, todos escribían con este nombre en su papeleta electoral: ¡Abajo el partido de *National*, abajo Cavaignac, abajo la Constituyente, abajo la república burguesa! (Marx, 1973a [1850], p. 90).

Y explica que cada clase social lo votó por distintas ideas: los campesinos buscando un nuevo Napoleón, que les redujera impuestos, contra la “república de los ricos”; “para el *proletariado*, la elección de Napoleón era la destitución de Cavaignac [candidato presidencial del oficialismo], el derrocamiento de la Constituyente, la abdicación del republicanismo burgués, la cancelación de la victoria de junio [la feroz represión de ese mes de 1848] dirigida por Cavaignac”; “para la *pequeña burguesía*, Napoleón era la dominación del deudor sobre el acreedor”; “para la mayoría de la *gran burguesía*, la elección de Napoleón era la ruptura abierta con la fracción [de los republicanos más consecuentes] de la que había tenido que servirse un momento contra la revolución, pero que se hizo insoponible tan pronto como quiso consolidar sus posiciones del momento como posiciones constitucionales”, Napoleón “era, para ella, la monarquía en lugar de la república, el comienzo de la restauración monárquica”, y finalmente, “el *ejército*, al votar a Napoleón, votaba contra la Guardia Móvil, contra el idilio de la paz, por la guerra” (pp. 89-90).

El análisis se convierte, como ha señalado Martín (2002), en una anticipación del concepto de “significante vacío” de Laclau (podemos agregar que resulta tan parecido que es posible hipotetizar que Laclau lo habría posiblemente adquirido de forma no consciente en la lectura de un texto seguramente por él visitado)¹⁵. Vemos así cómo determinadas tradiciones-ilusiones pueden jugar un papel relativamente independiente en la dinámica política, constituyendo un punto de encuentro entre grupos sociales carentes, transitoria o estructuralmente, de un centro político, pero que, al mismo tiempo, quieren manifestar su oposición al oficialismo de turno.

La cuestión que queda abierta es que este tipo de significantes, tendencialmente vacíos, posee un gran poder de interpelación, pero, al mismo tiempo, permite conjugar falsas ilusiones en torno a una figura política. Por este motivo, ten-

¹⁵ A diferencia de Martín, Jessop lo confunde con un significante flotante (Jessop, 2002, p. 182).

dría un impacto negativo sobre las dinámicas emancipatorias. Marx, aunque reconoce su eficacia, es crítico de estos significantes vacíos como forma de construcción política¹⁶.

En similar sentido, y en este caso con críticas más explícitas, Marx analiza el problema de los colectivos de identificación ambiguos, más específicamente el uso del significante “pueblo” en la dinámica política. Tal vez sea el caso más grave de cómo un determinado significante puede confundir la percepción de la realidad. En particular, en este ejemplo, obnubila a los demócratas pequeño-burgueses:

[...] los demócratas [...], con todo el resto de la nación que los circunda, forman *el pueblo*. Lo que ellos representan es *el derecho del pueblo*. Por eso cuando se prepara una lucha, no necesitan examinar los intereses y las posiciones de las distintas clases. No necesitan ponderar con demasiada escrupulosidad sus propios medios. No tienen más que dar la señal, para que *el pueblo*, con todos sus recursos inagotables, caiga sobre *los opresores* (p. 57).

Según los demócratas, todo es lucha simple entre republicanos y monárquicos, “reacción” versus “eternos derechos humanos”, sin ver el enfrentamiento entre las clases (p. 48). Aunque Marx no lo plantea tan claramente, podemos ver que el primer engaño es que caen presos del halo semántico del significante “pueblo”: el “pueblo” son todos los ciudadanos que deberían actuar como un solo hombre, porque son uno solo actor: *el pueblo*. Pero esto luego no acontece pues no existe esta unicidad, como una esencia metafísica, sino que tan solo funciona si el significante “pueblo” tiene eficacia interpelativa sobre las masas. Esto los conduce al segundo error de creer que no es necesario medir las relaciones de fuerzas, pues el pueblo es invencible, “con todos sus recursos inagotables”. Y, como tercer autoengaño, terminan pensando que toda decisión legal del parlamento, en tanto resultado de la soberanía popular, se concreta necesariamente sobre la realidad. El colmo de esta disociación entre relaciones de poder reales y resoluciones parlamentarias fue lo acontecido en esos mismos años en Alemania, donde la Asamblea Nacional Alemana aprobaba resoluciones que ningún gobierno ejecutaba, tal como analizó Engels (1976 [1851-1852])¹⁷.

¹⁶ Hay en Marx una criticidad que en Laclau no logra constituirse, a pesar de que el ejemplo que brinda sobre el retorno de Perón a la Argentina en los años setenta tuvo un resultado sumamente trágico, tal como el propio texto de Laclau lo describe (Laclau, 2005).

¹⁷ En el *18B*, Marx define al “cretinismo parlamentario” como una “enfermedad que desde 1848 viene haciendo estragos en todo el continente”, “que aprisiona como por encantamiento a los contagiados en un mundo imaginario, privándoles de todo sentido, de toda memoria, de toda comprensión del rudo mundo exterior”, cuando están “obligados a moverse estrictamente dentro de los límites parlamentarios” (p. 98).

Empleando los términos de Ernesto Laclau para abordar esta cuestión, podemos decir que “pueblo” es un significante que trabaja con la duplicidad semántica de “pueblo” como sectores populares (*plebs*), y de “pueblo” como conjunto de la ciudadanía (*populus*)¹⁸. Ahora bien, si se idealiza esta identidad, podría llegar a pensarse que las posiciones políticas del “pueblo”, base del sistema democrático republicano, deberían resolver automáticamente toda disputa y hacerlo en favor de los sectores populares. Justamente, para Marx, la pequeña burguesía y sus dirigentes demócratas tienden a confundir todos estos niveles. Por un lado, se autoconvencen de la aparente identidad entre *plebs* y *populus* (por lo cual nunca prevén el triunfo democrático de las minorías con poder). Y, por otro lado, confían en que la resolución de la dinámica política se dé sólo en términos legales. Es decir, que la sanción legal de una política implica automáticamente su realización en términos de relaciones de poder. Lo cual supone que esta aprobación tendría la capacidad de lograr que el aparato estatal acompañe y haga efectiva toda legislación aprobada, y que, además, lo estatal se imponga sobre cualquier otro poder que exista en la sociedad (dos suposiciones altamente improbables en la dinámica política dentro del capitalismo).

La articulación de ambas creencias (de la identidad entre *plebs* y *populus*, y de un omnímodo poder democrático) hace que los “demócratas” consideren que el pueblo es invencible, lo cual vuelve innecesarios los análisis políticos, el estudio de las correlaciones de fuerzas y, obviamente, una política militar. Por eso Marx afirma que “ningún partido se engaña a sí mismo como los pequeño burgueses” (p. 56).

[...] los republicanos de viejo cuño [...] veían en toda Francia, o por lo menos en la mayoría de los franceses, *citoyens* con los mismos intereses, el mismo discernimiento, etc. Tal era su *culto al pueblo*. En vez de este pueblo *imaginario*, las elecciones [de abril de 1848] sacaron a luz del día al pueblo *real*, es decir, a los representantes de las diversas clases en que éste se subdivide (Marx, 1973a [1850], pp. 66-67).

Para evitar estos engaños, frente al discurso democrático burgués centrado en el concepto de “pueblo”, Marx va a proponer que las nuevas fuerzas políticas desarrollen un lenguaje propio, que dé cuenta de la lucha entre las clases sociales y evite los términos que la ocultan. En este sentido, el marxismo va a tomar distancia del concepto de “pueblo”, por estos efectos negativos. En esta línea, Engels, en la “Introducción” a la *LCF*, afirma que “la ‘democracia vulgar’” contaba con

¹⁸ Para este autor, esta duplicidad semántica es la base de la retórica populista (y para Laclau de toda retórica política), que permite presentar a la *plebs*, el pueblo bajo, como idéntico al *populus*, conjunto de la ciudadanía, o, al menos, como el *populus* legítimo, en tanto conforma su mayoría (Laclau, 2005).

una “victoria pronta, decisiva y definitiva del ‘pueblo’ sobre los ‘opresores’”; mientras que ellos pensaban en “una larga lucha... entre los elementos contradictorios que se escondían dentro de este mismo ‘pueblo’” (Engels, 1973 [1895], pp. 15-16).

Pero, con esta operación de crítica al concepto de “pueblo”, el marxismo va a terminar regalando este significante a la burguesía¹⁹. Según el agudo análisis de Arthur Rosenberg, “la fuerza y la debilidad del antiguo movimiento democrático se hallaba en el hecho de que había sido una movilización del ‘pueblo’”. Esto explicaría “por un lado, la nebulosidad verbal de la mayor parte de los antiguos demócratas sobre el problema social; pero, por el otro, también la apasionada energía que tenía unidos bajo una sola bandera democrática a obreros y campesinos, artesanos y estudiantes” (Rosenberg, 1938, p. 164)²⁰.

En *LCF*, Marx escribe un párrafo en el que, si bien señalando que era “una coalición de diferentes intereses”, destaca la fuerza de la confluencia de los distintos sectores populares contra el gobierno de Bonaparte y el “partido del orden” y su potencialidad para, a través de las “instituciones democrático-republicanas”, empujar la “transformación”:

Hemos visto cómo, unos tras otros, los campesinos, los pequeños burgueses, las capas medias en general, se iban colocando junto al proletariado, cómo eran empujados a una oposición abierta contra la república oficial y tratados por ésta como adversarios. *Rebelión contra la dictadura burguesa, necesidad de un cambio de sociedad, mantenimiento de las instituciones democrático-republicanas como instrumentos para la transformación, agrupación en torno al proletariado como fuerza revolucionaria decisiva*: tales son las características generales del llamado partido de la socialdemocracia, del partido de la república roja (Marx, 1973a [1850], pp. 155-156).

¹⁹ Como también lo hizo, en el siglo XX, con el concepto de “democracia”.

²⁰ “El movimiento democrático había fracasado siempre a causa de sus propias contradicciones sociales. Pero había tenido el gran mérito inicial de sacudir al pueblo, de despertar la voluntad de las masas hasta el punto de dar su vida por la libertad y por un futuro mejor” (Rosenberg, 1938, p. 164). Por el contrario, el obrerismo de la II Internacional empujó (en una operación que califica como “absolutamente antimarxista”) al resto de los sectores populares hacia la burguesía, a través de una “división del pueblo en una masa proletaria-socialista y una masa llamada burguesa, en la que por ‘burgués’ se entiende cualquiera que no es obrero de fábrica o vota contra los socialdemócratas”. Para Rosenberg, por el contrario, “Marx construye su doctrina sobre la oposición entre el proletariado y la burguesía en cuanto clase en sentido específico, pero no sobre la contraposición entre socialistas y ‘burgueses’. La burguesía en sentido marxiano era únicamente una pequeña minoría de la población. Estaba constituida por los poseedores de los medios de producción socialmente importantes” (Rosenberg, 1938, p. 283).

El propio Engels, en la misma “Introducción” a la *LCF*, manifiesta las trágicas consecuencias de no poder interpelar, desde el proletariado, de forma exitosa al conjunto del “pueblo”:

Una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo se da ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparán las capas medias alrededor del proletariado de un modo tan exclusivo, que el partido de la reacción que se congrega en torno a la burguesía constituya, en comparación con aquéllas, una minoría insignificante. El “pueblo” aparecerá, pues, siempre dividido, con lo cual faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de una eficacia extrema (Engels, 1973 [1895], p. 30).

Incluso, esta falta de apelación a la idea de “pueblo” tendrá efectos directos, y negativos, sobre la dinámica de la lucha militar. Engels otorga un papel muy significativo al cambio en las representaciones que los soldados tenían de los integrantes de las barricadas revolucionarias. Sin el “pueblo” como significante que apela a una unidad de los sectores populares, se pierde el efecto táctico-disuasivo que tenían las barricadas sobre el accionar del aparato represivo. Así, si a mediados del siglo XIX, “el soldado [...] veía detrás de ella al ‘pueblo’”; para 1895, veía a “rebeldes, a agitadores, a saqueadores, a partidarios del reparto, a la hez de la sociedad...”. Por lo cual, Engels evalúa que “la barricada había perdido su encanto”, y su efectividad político-militar (*ibidem*, p. 29). Se observa que el plano de lo militar es un plano político-militar, en el cual las creencias y las representaciones juegan un papel clave²¹.

Lamentablemente, ni Marx ni Engels pudieron extraer las consecuencias teóricas que se derivarían del abandono del uso del significante “pueblo”, con su enorme capacidad interpelativa, tanto para construir una unidad de los sectores populares, como para disputar la legitimidad democrática. Esto nos conduce a una cuestión más general: cómo abordar el problema de emplear significantes ambiguos de gran capacidad interpelativa para construir colectivos mayoritarios, sin perder por ello capacidad de análisis crítico acerca de la diversidad de intereses que se aglutinan en torno a ellos. En particular, considero que habría que saber recuperar el significante “pueblo” de un modo que no oculte las contradicciones de clases, pero que sepa usufructuar con las tradiciones populares el sentido de separación y la ambigüedad semántica del pueblo como *populus* y como *plebs*.²² En términos más generales, queda abierta la cuestión de la tensión, ineludible, entre retórica y política emancipatoria.

²¹ Tal como luego analizará Gramsci en relación con el momento político-militar (Gramsci, 1986, tomo 5, p. 38 [CC13§17]).

²² Sobre la fuerza disruptiva de esta lógica del populismo, ver Balsa (2010).

Conclusiones

Marx era consciente del papel clave que jugaba el lenguaje en la dinámica política. Desde las primeras páginas del *18B* queda claro que fue la falta de un lenguaje adecuado una de las principales causas de la derrota de los sectores populares en el ciclo revolucionario 1848-1851. El lenguaje constituye un plano de mediación entre las clases sociales y la lucha política, en el cual se da la disputa por cómo significar los procesos o los eventos puntuales (ya que no tienen un significado unívoco que nazca de su mera materialidad). Las formas de representar los fenómenos inciden directamente en las creencias que guían las acciones de los contendientes en la lucha política.

En esta confrontación es clave el lugar que desempeñan los “representantes literarios” y la posibilidad (o no) que tienen para dar a la clase una visión autónoma y adecuada de lo que está en juego. En este sentido, si bien no siempre los actores son conscientes de las limitaciones que le impone la herencia lingüística en la que se inscriben, para Marx es posible desplegar una crítica que favorezca la toma de consciencia, y el desarrollo de una “poesía” propia. Esto no implica postular la posibilidad de un lenguaje ideológico, pero sí el ideal de perseguir una discursividad más cercana a la verdad a través de la crítica y del uso de metodologías científicas que ayuden a contrastar las afirmaciones. De todos modos, quedan abiertas dos cuestiones vinculadas. Por un lado, está la tensión entre una discursividad más científica y la necesidad del recurso a elementos epidícticos que vituperen a las figuras enemigas y glorifiquen a las propias e, incluso, exalten las posibilidades de triunfo revolucionario, a riesgo de hacer caer en errores evaluativos a las fuerzas propias. Por otro lado, se encuentra la eficacia interpelativa del uso de significantes ambiguos o tendencialmente vacíos, y su articulación conflictiva con procesos colectivos emancipatorios que requerirían un lenguaje más preciso y conjuntamente controlado.

Referencias

- ARISTÓTELES. *El arte de la retórica*. Buenos Aires: EUDEBA, 2005.
- BALSA, Javier. “Las dos lógicas del populismo, su disruptividad y la estrategia socialista”, *Revista de Ciencias Sociales*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, n. 17, 2010, pp. 7-28.
- BALSA, Javier. “Aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía”, *Identidades*. Comodoro Rivadavia: Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, n. 1, 2011, pp. 70-90.
- BALSA, Javier. “La crítica al objetivismo y la propuesta epistemológico-política contenida en el *Cuaderno 11*”, *International Gramsci Journal*. Wollongong: University of Wollongong Vol. 2, n. 4, 2018, pp. 3-36.

- BALSA, Javier. “La cuestión de la representación en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx”, *Materialismo Storico*. Urbino, vol. VI, n. 1, 2019a, pp. 76-107.
- BALSA, Javier. “La metáfora de la política como escenario y la valoración de la república parlamentaria en *La lucha de clases en Francia* y en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx”, *Utopía y praxis latinoamericana*. Maracaibo, n. 85, 2019b, pp. 220-238.
- BALSA, Javier. “La retórica en Laclau: perspectivas y tensiones”, *Simbiótica*. Vitoria: Universidade Federal do Espírito Santo, Vol. 6, n. 2, 2019c.
- BASSO, Luca. “Politica e contingenza in Marx: il 1848” En: FROSINI, F. & VINALE A. (ed.). *Verità, ideologia e politica*. Nápoles: Cronopio, 2009, pp. 53-70.
- BOITO, Armando Jr. “Cena política e interesse de classe na sociedade capitalista - comentário em comemoração ao sesquicentenário da publicação de *O Dezoito Brumário de Luís Bonaparte*”, *Revista Crítica Marxista*. São Paulo, n. 15, 2002, pp. 127-139.
- CARVER, Terrell. “Imagery/Writing, Imagination/Politics: Reading Marx through the *Eighteenth Brumaire*” En: COWLING M. & MARTIN, J. (ed.). *Marx’s Eighteenth Brumaire*. Londres: Pluto Press, 2002, pp. 113-128.
- _____. “Marx’s *Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* – Eliding 150 Years”, *Strategies*, Los Angeles, vol. 16 (1), 2003, pp. 5-11.
- DERRIDA, Jacques. *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta, 1995.
- ENGELS, Friedrich. “Introducción” En: MARX, K. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Buenos Aires: Anteo, 1973 [1895].
- _____. *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. Buenos Aires: Editorial Polémica, 1976 [1851/2].
- _____. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Buenos Aires: Anteo, 1975 [1888].
- FAIRCLOUGH, Norman & Phil GRAHAM. “Marx as a Critical Discourse Analyst: The genesis of a critical method and its relevance to the critique of global capital”, *Sociolinguistic Studies, Estudios de Sociolingüística*, Vigo, vol. 3 (1), 2002, pp. 185-229.
- FROSINI, Fabio. *Da Gramsci a Marx. Ideología, verdad e política*. Roma: DeriveApprodi, 2009.
- GÓMEZ, Marcelo. *El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales*. Buenos Aires: Biblos, 2014.
- GRAMSCI, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. México: Editorial Era, 1986.
- HARRIES, “Martin Homo Alludens: Marx’s Eighteenth Brumaire”, *New German Critique*, Durham, n. 66, Fall, 1995, pp. 35-64.
- JAMESON, Fredric. *Valencias de la dialéctica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia editor, 2013.
- JESSOP, Bob. “The Political Scene and the Politics of Representation: Periodizing

- Class Struggle and the State in *The Eighteenth Brumaire*” En: COWLING, M. & MARTIN, J. (ed.). *Marx's Eighteenth Brumaire*. Londres: Pluto Press, 2002, pp. 179-194.
- LACAPRA, Dominick. “Reading Marx: The Case of *The Eighteenth Brumaire*” En: LACAPRA, D. *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*. Ithaca: Cornell University Press, 1987, pp. 268-290.
- LACLAU, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- LACLAU, Ernesto & MOUFFE, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo Veintiuno, 1987.
- MARTIN, James. “Performing Politics: Class, Ideology and Discourse in Marx's *Eighteenth Brumaire*” En: COWLING, M. & MARTIN, J. (ed.). *Marx's Eighteenth Brumaire*. Londres: Pluto Press, 2002, pp. 129-142.
- MARX, Karl. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Buenos Aires: Anteo, 1973a [1850].
- _____. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Editorial Anteo, 1973b [1852].
- RIQUELME, John. “*The Eighteenth Brumaire* of Karl Marx as Symbolic Action”, *History and Theory*, Middletown, vol. 19 (1), 1980, pp. 58-72.
- ROSENBERG, Arthur. *Democracia y socialismo*. México: Cuadernos de Pasado y Presente, n. 86, 1981 [1938].
- THOMAS, Peter. *The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony and Marxist*. Leiden: Brill, 2009.
- VACCA, Giuseppe. *Modernità alternativa. Il Novecento di Antonio Gramsci*. Torino: Giulio Einaudi editore, 2017.
- VOLOSHINOV, Valentin. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza, 1992 [1929].
- WEBB, Darren. “Here Content Transcends Phrase: The *Eighteenth Brumaire* as the Key to Understanding Marx's Critique of Utopian Socialism” En: COWLING, M. & MARTIN, J. (ed.). *Marx's Eighteenth Brumaire*. Londres: Pluto Press, 2002, pp. 243-257.
- WENDLING, Amy. “Are All Revolutions Bourgeois?”, *Strategies*, Los Angeles, vol. 16 (1), 2003, pp. 39-49.
- WHITE, Hayden. “El problema del estilo en la representación realista: Marx y Flaubert” En: WHITE, H. *La ficción de la narrativa*. Buenos Aires: Eterna Cadencia editora, 2011, pp. 313-338.

Recebido em 23 de abril de 2019
Aprovado em 11 de novembro de 2019